

Dictado LL-Y-G-J

Era el vigésimo aniversario de la agencia de noticias y le habían encargado un reportaje sobre su región, un viaje que le obligaba a visitar la geografía de su infancia.

Estaba en su aldea, oía emocionado cómo un gato maullaba bajo la brillante luz de la luna. En el corazón le bullía con orgullo el reencuentro con su tierra. “Por fin estoy en tierra saharaui”, se dijo.

Cerca de allí, en un viejo carruaje, un bebé de gesto angelico lloraba tras haber ingerido una homogénea papilla preparada por su sexagenario abuelo. La urgencia con la que la había engullido le provocaba molestias, por eso se movía con energía. El abuelo empujaba con vaivén el carro que hacía las veces de original cuna, y con el movimiento crujían las ruedas. Él observaba nostálgico la escena. Estar de nuevo allí era recibir una inyección de recuerdos subyugantes.

De pronto, oyó el aviso del mensajero. Recogió el equipaje y lo condujo hasta el coche. Su leve cojera le exigía pausar los movimientos. Ahora era su pierna la que crujía, y eso le hizo recordar años atrás el momento en el que el neurólogo le había diagnosticado aquella terrible neuralgia crónica, también evocó la cara de desconcierto de sus padres. Él, que era el primogénito, para quien antes de nacer ya tenían previstas exigencias familiares. Cerró los ojos con nostalgia y se dirigió al garaje.